

Juan Donoso

Ermelinda y la noche

A Olga Rivas R.



O tendría más de quince años, ¡insignificante porción de tiempo!, para afrontar las opresoras murallas de la vetusta casa y más aún, para resistir el furioso embahte del sinnúmero de años, que entre sí sumaban las tías abuelas; Leocadia, Maclovia y Doralisa.

Todo en la casa era antiguo y rancio; enorme, gigantesco y tremendo. Los muebles victorianos, tallados a mano en fina caoba, se extendían o alzaban en un desesperado afán por cubrir las altas murallas o la inmensidad de los aposentos. En todas partes se veían espejos y más espejos a guisa de biombos, de puertas, sobre las mesas, entre anaqueles, en los corredores, en las cubiertas de algunas mesillas; grandes, pequeños, diminutos espejos; lisos, cóncavos, convexos. Sin embargo, todos ellos parecían haberse aburrido de su vieja misión de reflejar imágenes, por más que lo hicieran caprichosamente; en cambio, semejaban ventanales abiertos sobre un mundo extraño.

Ermelinda había llegado hasta allí a pasar las vacaciones; no estaba muy segura de volver a continuar sus estudios. Nada habían dicho las viejas tías, y ella nada les había insinuado al respecto. ¡Quería volver al colegio! Estaba segura de que el fallecimiento de

su madre, no sería un obstáculo para continuar sus estudios, abrazar una carrera, ser una mujer activa, brillante, extraordinaria.

¿Quién se opondría a sus designios? ¿Las tías? ¡No; no pasaban de ser tres objetos respetables por sus años y nada más! Respetables por su parsimonia, por sus vestidos recargados de vuelos, de encajes, de cordoncillos y abalorios.

A ella le gustaba todo cuanto encerraba la vieja casa solariega. En cambio al haberse convertido en habitante sentía un vago presentimiento, casi miedo, de caer dentro del hechizo, de perder sus ansias, anhelos y deseos, resignarse e ir poco a poco, consumiéndose, resecaándose, envejeciendo como todo el mundo aquel que la rodeaba.

Su permanencia continuada, aún no alcanzaba a treinta días, anteriormente sólo habían sido visitas en compañía de sus padres. Venían a la hora del té. Más que las tostadas, más que los bizcochos y jaleas, gustaba de la parsimonia y liturgia que precedía cada uno de los detalles.

Unas tras otras entraban las tías al comedor, las visitas se sentaban a la derecha de tía Leocadia, que era la mayor y ocupaba la cabecera. Maclovia y Doralisa se sentaban a la izquierda; las tres se mantenían rígidas, apegadas al respaldo altísimo de las sillas. Alguien tocaba la campanilla con toda solemnidad; una, dos, tres veces. Seguía el más absoluto silencio. Una a una, las señoras, inclinaban sus cabezas de plateadas y espesas cabelleras, peinadas en complicado alarde de peinetillas de carey o marfil. Parecían evocar el espíritu de un genio, y en efecto, Baldomero si no tenía nada de genio, no desentonaba en absoluto del resto de los personajes y objetos habitantes de la mansión. Baldomero era una ajustada levita, pechera blanca, y guantes de impecable elegancia. Una calva reluciente y cobriza ceñida por un cordoncillo de canas que se prolongaba hasta el cuello corto y rechoncho; largas y pobladas patillas guarnecían sus mejillas enjutas y rugosas. ¡Con qué señorío servía a la mesa! Ni las porcelanas y platerías sonaban en sus manos, es decir, lo hacía todo en forma tan discreta, tan razonable,

que llegaba a ser un sedante, un lenitivo, antes que un ruido molesto.

Baldomero levantaba las campanas de cristal bajo cuyo fanal se mostraban las galletas, los bizcochos, las jaleas y con una gentileza versallesca, decoraba un plato con todas aquellas golosinas poniéndolo junto a Ermelinda.

—¡Para la señorita...!

... La vez primera de tal ceremonia, la muchacha tenía cinco años. Sus padres aún vivían, y, regresaban de un viaje a Europa. Al verse halagada Ermelinda, en tal forma, no pudo contener su entusiasmo, y abrazándose al cuello del viejo Baldomero, le besó en ambas mejillas.

El viejo reía y lloraba emocionado. Tía Maclovia tosía obstinadamente; Leocadia limpiaba los cristales de sus lentes no queriendo dar crédito a lo que habían visto sus ojos, Doralisa trataba de diluir en agua, una porción, de sus famosas sales hepáticas. Los padres reían a más no poder agotando los mayores elogios.

—Perdónela, Baldomero!

—¡Es tan espontánea! ¡Tan alegre! ¡Tan francesa!

Cuando hubo salido Baldomero, se dejó oír el pensamiento y opinión, de las despavoridas señoras...

—¡Sí, muy "francesa"!

—¡Demasiado francesa!... Como no llegue así hasta grande...

—... y bese a todo el mundo.

Era costumbre en ellas conversar en esa forma, mejor dicho, pensaban a un mismo tiempo sobre una misma cosa, y cada frase se la repetían por sílabas hermanablemente.

—¡En Europa nadie se asombra de los besos! —argumentó el padre.

—¡En Europa! —repondieron ellas—, las gentes...

—... no tiene delicadeza...

—¡... ni saben lo que es pudor!

Ermelinda recordaba aquel incidente, o bien, tantas veces lo

oyó narrar a la madre, que llegó a reconstruir la escena en forma perfecta... ¿Todo no era igual que entonces...? Estaban las tías, Baldomero y ella; faltaban sus padres. Habían muerto trágicamente.

... Como entonces, Baldomero, seguía obsequiándola con su bandeja especial. Salvo que ella, le agradecía con una sonrisa y hasta con un gesto picaresco y recatado, que el viejo recibía lleno de satisfacción, para luego erguirse recto y severo...

¡Sin embargo, las tías, no eran malas! No eran hurañas, no eran mojigatas, podría comparárselas con un dulce demasiado empalagosos del que no se puede comer en exceso y que, sin embargo, gusta. Sus tías tenían una indiferencia y una abulia terrible, nada les importaba, ni lo que ocurría en el pueblo, lo que acontecía en la calle, o estremecía a la ciudad; la soltería había hecho y tenido en ellas un solo efecto, una muerte en vida, y su convivencia de cadáveres vivientes era perfectamente cordial y simpática. Conversaban a más y mejor, tejiendo, bordando o deshilando, cosillas destinadas a las inquilinos de la hacienda.

... Ermelinda gustaba de hablar cosas extravagantes la mayor parte del tiempo; eran sueños o ensueños, que desplegabá como un tapiz multicolor, a la hora del té, y ante el despavorido espíritu de las ancianas.

—Estos muebles son hermosos; me parece que deben haber pertenecido al Arca de Noé; nunca he visto mayor cantidad de animales reunidos, hay monos, salamandras, cacatúas y serpientes. ¡Pero nada me da más pena que las pobres salamandras encaramadas en el respaldo de estas sillas! me parece que el día menos pensado se van a descolgar como si tal cosa... ¡Ya veo la cara que van a poner ustedes! Tía Leocadia de pie se aferrará a la mesa a dos manos y chillará como un mono... Tía Maclovia va a perder sus lentes en la taza de té... y tía Maclovia se va a desmayar... ¡Es de rigor que alguien se desmayer! Yo, en cambio, dejaré que la salamandra me revuelva un poco los cabellos, después la invitaré a bajar a la mesa... y así, todas las salamandras se darán a pasear sobre el

mantel, comerán dulces, jaleas, bizcochos. ¡Se verán tan lindas las salamandras sobre la albura del mantel y entre estos tuestos de plata y porcelana que parecen flores! ¡Pobres salamandras de caoba! ¡Qué cansadas deben estar! ¡Mírenlas! ¡Años y años aferradas a duras penas en lo alto de estas sillas!

Mientras decía sus extravagancias, ponía una cara tan triste y cómica, que daba ganas de darle un beso en cada mejilla. Las señoras se miraban entre sí, tragaban saliva, suspiraban, moviendo la cabeza con aire de impaciencia. Cuando la muchacha se había marchado comentaban...

—¡Es el mismo Carlos...

—... el mismísimo...

—¡... ni hija suya que fuera!

* * *

A ratos Ermelinda creía haber abandonado el mundo de los vivos, para incorporarse y entrar de lleno a ese mundo un poco extraño. Lo que es más, sentía verdadero dolor, de no poder al término de sus vacaciones, contar a sus compañeras su permanencia en aquella vieja casa... ¿quién la habría creído? ¡Reirían burlonas!

—“Ermelinda, quiere hacernos creer en un sueño...”

Claro está que un día las traería a todas ellas a casa. ¡Pero ya no sería la misma! La tristeza y antañonería se habrían derrumbado de una sola vez y para siempre. ¡Si sospecharan sus tías el terrible complot que se traía entre manos!... Bueno, no era nada definido, pero sabía, que todo aquel ambiente volaría por los aires...

¡No, aquello no era un sueño, ni una pesadilla, ni nada!... Era una vivencia y convivencia en un charco de tiempo, porque, sin duda alguna, aquel era un estanque, un pozo de tiempo antiguo, pasado, perdido. ¡Pero ella estaba dispuesta a revolver aquellas aguas muertas! estaba dispuesta a desecar ese aguazal de tiempo mohoso y terrible... Un día, ¡tan sólo uno! bastaría para derribar aquella bastilla o bastión.

¡Era desesperante! las ventanas y puertas permanecían herméticas. Todo el mundo abría y cerraba las puertas con un esmero y afán, que hacía suponer un obstinado empeño en mantener y contener un algo extraño que pudiera filtrarse o desvanecerse.

... La casa estaba situada en la esquina opuesta a la iglesia. La entrada principal daba a la plaza, y a ella, se abrían los grandes ventanales de los dormitorios y el salón. La plaza era un charco de densa vegetación oscura. Ermelinda hasta entonces no había podido apreciar mejor ese pozo de verdura; nunca recordaba haber dado una vuelta en torno a ella, cuando más la había contemplado del alto faetón, de la mirilla del portal, o bien los domingos, al ir a misa...

La iglesia se parecía a la casa y ésta a aquélla. En ambas la luz era tenue, líquida, coloreada. Allá por los vitrales, en la casa, por las pesadas cortinas, los finos encajes o las tupidas enredaderas. En una y otra, Ermelinda se sentía como sumergida en espeso caudal de aguas vivas.

Sí, desde su llegada, le parecía que sus pies habían perdido contacto con la tierra, y ella, andaba suspendida como un vilano de cardo, una pluma, una mariposa.

* * *

Las tías, ¿habían tenido alguna vez quince años? La servidumbre y, en especial el jardinero, ¿tuvieron alguna vez quince años? Aquellos árboles inmensos, esas enredaderas de poderosos y retorcidos troncos, ¿fueron frágiles algún día? Sólo entre los peces del estanque había grandes y pequeños, también entre las palomas se veían jóvenes y viejas; pero, los gatos, los perros, y para qué hablar de la tortuga, parecían estar cargados y recargados de años.

... Ermelinda, antes que la luna de los espejos, prefería el agua de la fuente para mirarse en ella. Allí lavaba su rostro y peinaba sus cabellos; tenía miedo que por extraño hechizo al ocupar alguno de los viejos lavabos de repujada plata, o, al mirarse en al-

guno de los antiguos espejos, fuera a envejecer de súbito perdiendo irremisiblemente la frescura de su cutis albo y coloreado, la brillantez de sus ojos, el bermejo de sus labios o la albúrea firmeza de sus brazos. ¡Cómo se gozaba peinando su rizada, espesa y melada cabellera! La sentía abullonada, frágil y ligera en torno a su rostro cayendo y deslizándose por sus hombros y espaldas.

¡Sin duda alguna, sus tías, fueron un día, así de hermosas!... Sin duda alguna, andando el tiempo, ella no sería, sino, una anciana distinguida... ¡Todo era cuestión de tiempo!... días más... días menos...

* * *

Al fondo del jardín, allí donde comenzaba el huerto, había una glorieta circular y rústica; los asientos y los soportes eran troncos que en parte habían perdido su corteza. La carcoma empezaba a roerles y el viento les imprimía un vaivén lleno de quejidos y lamentos.

Allí se refugiaba Ermelinda, en los atardeceres, bajo un dosel de hiedras umbroso y casi frío, permanecía quieta y absorta gustosa de ver diluirse las últimas luces y aparecer las primeras estrellas.

De la torre de la iglesia se descolgaban los murciélagos, y empezaban su agitado revolotear. Para ella, aquellos animalillos horribles y viscosos cumplían una tarea especial y primorosa; eran los encargados de ir embadurnando las junturas de las tinieblas nocturnas, agitando y espesando la brea de la noche hasta dejarla toda unida, compacta, blanda, tersa...

¡No temía a los murciélagos, ni a los buhos enormes, de grandes ojos de matiista y algodónado corpachón! muy al contrario, gustaba de oír sus silbos asmáticos y la estridencia pesada de sus alas.

...En el estanque, el croar de los sapos, surgía como si los juncos levantaran una plegaria vespertina; más allá la salmodia de las

ranas semejaba un coro ferviente y cansado. Por todas partes, la críbala de los grillos, era la nota intermitente y sonámbula.

¡Pero ella no estaba sola! Sus quince años no estaban solos ni ella a solas con ellos. Muchas veces trató de asir una mano que creyó junto a ella, que justamente, debía estar junto a su mano, o, bien quiso reclinar su cabeza en un hombro. ¡Pero ni esa mano, ni ese hombro existían sino en el mundo de sus sueños! en la imaginaria intangible de sus sueños...

¡Extraña cosa los sueños! Extraño mundo el creado en su afán de soñar, ¡si al menos, hubiera podido retener alguna de aquellas inquietas y difusas sombras! Sombras que pasaban sobre su espíritu como pasan las bandadas de pájaros errantes o el rebaño de las nubes sobre la superficie de los lagos...

Obstinadamente, ella perseguía un "sueño", estaba segura de llegar un día, a retener en la red de sus anhelos puros, "una" de aquellas sombras, ¡tan sólo una! la más hermosa, la más extraña, ¿y por qué no la más esquiva?

¡Muy lejos! remontando un distante camino oía la voz de un mozo. No llegaba a distinguir la letra de la canción ni menos aún llegaba a imaginar su estampa... ¡Debía ser un hombre joven y arrogante! Ella hubiera deseada huir y guiándose por la voz llegar junto al cantor de todas las tardes, que era "su" cantor, que sin duda alguna cantaba para "ella"... ¿No sería la imagen de su sueño en pena? ¿Alguién más escucharía el lejano cantar?...

* * *

Un día inquirió el por qué nadie jamás entraba a una de las innumerables piezas. La respuesta fué una sola frase, pronunciada como siempre por el trío tutelar:

—Esa pieza,

—... fué de Carlos

—... un hermano de tu madre, muerto hace mucho tiempo...

—¡Me gustaría conocerla!... —recalcó la niña.

Las señoras respondieron esquivas:

—¡Es una pieza como todas...

—... tiene puertas y ventanas...

—... además, la habita, el diablo...!

Tras aquella respuesta, comprendió Ermelinda que se encerraba una obstinada negativa, y, ladinamente, desde ese día, empezó a amistarse con Maclovia, el ama de llaves.

¡Era simpática Maclovia! de haberlo sabido antes, habría sido su gran amiga; gorda, morena, anciana, de grandes y relámpagueantes ojos, y una boca mulata y reidora, que irrumpía en grandes carcajadas...

—Tú has sido la vara mágica, niña, —musitaba Maclovia—, sólo tú me has hecho reír nuevamente... Tus ideas se parecen en todo a las de tu tío. ¡Te le pareces en todo! él también era bueno, alegre, hermoso...

¡Cuánta argucia hubo de desplegar Ermelinda para llegar a obtener la complicidad de Maclovia! Fué la mañana de un domingo, por consejo de la vieja se quedó en cama fingiéndose enferma. Las tías y el resto de la servidumbre fué a misa. Maclovia aseguró el ancho portal y juntas, fueron al cuarto hermético y prohibido...

¡Qué asombro! Era un vasto salón atestado de mesas y pedestales en los que reposaban: manos, pies, piernas, torsos y estatuas íntegras. Las murallas estaban cubiertas de cuadros al óleo, agua-fuertes, pasteles, acuarelas, dibujos, caprichos. Al fondo, frente a un ancho ventanal, sobre un caballete gigantesco, reposaba quizá la última tela...

La vieja corrió las cortinas y el sol entró en toda su anchura haciendo revivir los colores y dando un halo de vida a la figura del cuadro...

—¡Mira qué hermoso!... aquí me encierro horas y horas para verlo y mirarlo...

—¡Sí... es hermoso... muy hermoso!

El motivo era simple, y tal vez estaba en riña con el resto de las obras muy modernistas, en cambio aquel era de un corte clásico

y quizás un poco académico. Apegado a uno de los ángulos de la tela se veía emerger un tronco gigantesco de un verde plateado, anillado a trechos por arrugas oscuras que no llegaban a ser circulares. Respaldado en el tronco reposaba un muchacho. Remotamente, Ermelinda, recordó el "Martirio de San Sebastián" de Guido Reni. ¡Pero allí no había flechas ni torturas! era una simple actitud de reposo; uno de los brazos de la figura, caía laxo a lo largo del cuerpo y la mano exangüe rozaba apenas el muslo de la pierna recogida.

La muchacha quitó el lienzo, caído a medias sobre el cuadro, y que simulaba perfectamente la vestidura pastoril del mozo. ¡Pero no! estaba desnudo completamente. La otra mano mantenida a la altura del pecho cubría uno de sus pectorales, la cabeza echada atrás, mostraba de un lado, la frente triangular y estrecha, mientras los cabellos, retintos y espesos caían al lado opuesto fundiéndose en la sombra. Una vaga sonrisa iluminaba la boca del muchacho, sin alterar el resto de sus facciones un poco herméticas. Los párpados semicerrados, dejaban filtrar un hilillo de luz que animaba el resto de las facciones, finas y bien proporcionadas, realzando el rostro macerado y sombrío. La línea de los párpados se prolongaba y adentraba en las sienas estrechas y hundidas, bajo un cejo cerrado y fino. La estampa toda, tenía una expresión de cansancio, de deleite, de ensueño. Era el arrobamiento mismo de los adolescentes, su lujuria dormida, el deseo difuso, las ansias y los anhelos revueltos entre el ser y el no ser...

El resto de las líneas era de una firmeza y elegancia puramente pagana, cuasi decadente y morbosa. Las manos fuertes y los dedos de alargadas falanges tenían un gesto esquivo, avaro y egoísta, parecían gozar y deleitarse en el propio contacto de su cuerpo y sus formas. Un cuerpo armonioso, donde el cuello potente y pujante se hundía en los hombros redondos y ligeramente caídos. El pecho relevado bajaba escurriéndose por los costados hondos, por el vientre terso y deprimido, en torno a la cintura enjuta para resbalar suavemente sobre los muslos fuertes y suaves. No había más

que dos colores en la tela; el tronco del árbol y el cuerpo del muchacho en el que estaba concentrada la más completa gama oscura, yendo del trigueño tenue hasta el terracota fuerte. El resto del cuadro se mantenía inconcluso en un ocre suave, destinado a ser verde intenso, una penumbra fría, un soleado paisaje, o, ¡sepa Dios qué!

Ermelinda permanecía absorta, embobada ante aquella figura desnuda y pura, de su mismo tamaño y casi de su misma edad, que estaba allí, en espera de algo, una infinidad de tiempo, y que permanecería allí quizá hasta cuándo...

—¿Esto, lo hacía tío Carlos...?

—Sí, él lo hacía... ¡hacía muchas cosas!... al mismo tiempo y siempre, deshizo su vida... ¡Carlitos fué un atolondrado... un loco... un santo...

—¿Y este hombre existió...?

—Sí, existió... ¡Allí está su nombre!... así se iba a llamar el cuadro...

—¡Yelcho! —leyó la niña—. ¿Y era tal cual está...?

—¡Era tal cuál esta! —suspiró la vieja—, ¡es toda una historia! ¡una historia!

Y las muchas preguntas de Ermelinda, sobre aquella "historia", no tuvieron jamás respuesta. Cuando más...

—Las historias se ven, se viven, pero no se cuentan, niña...

* * *

Ermelinda había rescatado la imagen fugitiva de sus sueños. Ya el anochecer no la encontraba sola en la glorieta; de lejos, de entre los rosadales, del agua del estanque, de la copa de los árboles, saltando los tapiales o descendiendo del campanario de la iglesia veía ella surgir y llegar a su "amigo" Yelcho —el muchacho del cuadro—, lo veía venir a ella jadeante, sonriente, desnudo. Llegaba al extremo de sentir el contacto de su mano y hasta su risa breve, si-

lenciosa y discreta. Lo oía cantar, y el tono era el mismo escuchado a la distancia . . .

—Yelcho, cuéntame tus correrías . . .

Y Yelcho le contaba sus tertulias con los sapos del estanque, o bien de la siesta pasada a la sombra de la rosaleta, su fuga al campanario sus baladronadas por los huertos vecinos.

Todas las tardes, para Ermelinda, Yelcho portaba ofrendas imaginarias y extrañas, hoy era un caracol enviado por la Reina de las Rosas, mañana un racimo de gotas de agua madurado en el fondo de las aguas mismas, o bien un pequeño buho hermoso y grave. También le traía frutos caprichosos: manzanas de oro, higos de zafiro, uvas de rubíes, y un día . . . ¡la más maravillosa de las ofrendas! . . . ¡un collar de besos! . . . Besos que parecían rosas, rosas azules, blancas y bermejas . . .

¡Ah, de la noche ¡Ah, de las ofrendas de Yelcho! . . . ¡Ah, de los sueños de la niña! . . .

* * *

Tía Leocadia a la derecha, tía Maclovia a la izquierda, Ermelinda al centro y trás ella Doralisa, tal era la disposición en que salían de casa camino de la iglesia. Las damas llevaban amplios vestidos de gros negro, hermosos mantos de seda china que les cubrían el busto; en sus manos se veían finos devocionarios con tapas de carey y deslumbrantes rosarios de conchaperla. Ermelinda, de rosado o celeste tenía un no sé qué de duraznero en flor, o claro cielo. Los cabellos y el sol ponían en torno de su cabeza una diadema de oro finísimo. Saludos a la derecha, saludos a la izquierda, era cosa de todos los domingos. Allí estaban el señor alcalde, el boticario, el señor juez, el maestro de escuela, algunos mozos, y no pocas jóvenes y señoronas lugareñas.

Pero aquel día sucedió algo inusitado. Junto a la pila del agua bendita, respaldado en el pilar, en actitud idéntica a la del cuadro, estaba Yelcho, vestido de labriego. Adormilado, absorto, oyendo los

lamentos del armonium o bañándose en la luz líquida de los vitrales.

—¡Yelcho! —exclamó Ermelinda—, ¡cómo has venido hasta aquí!

—He venido a misa...

No hubo sorpresa de parte del muchacho. Las señoras, sorprendidas, se miraron entre sí y y preguntaron a una:

—¿Quién es ese...

—... muchacho...

—... Ermelinda...

La muchacha mintió con todo desparpajo:

—Es hijo del jardinero de mamá...

... Nunca como entonces se le hizo más largo el Santa Sacrificio. El sermón parecía interminable y cada movimiento del sacerdote era lento y eterno.

—¡Señor mío y Dios mío! —suplicaba la muchacha—, temerosa, de que todo no fuera sino una visión, y Yelcho fuera a esfumarse como todos sus sueños. ¡El máspreciado de sus sueños!

... Pero no, a la salida de misa, Yelcho permanecía junto a la pila, el sombrero pajizo giraba entre sus manos enormes; sonreía suavemente, como en espera de una orden o un extraño mensaje de la tierra o del cielo.

—¡Acompáñanos a casa, Yelcho! —ordenó la joven—, y Yelcho fué tras ellas, manso, sumiso, balanceando su corpachón en lento ritmo marinero. La muchacha le llevó directamente a la glorieta. Su primera pregunta fué para satisfacer su asombro...

—¿Pero, es que tú te llamas, Yelcho...?

—Me llamo Miguel, me dicen Yelcho... Yo creía que usted era la señorita Adriana... ¡Pero usted no es la señorita Adriana!

—No soy ella, pero tú eres Yelcho... ¡espera!... vas a decir que eres hijo del jardinero de mamá... ¡mi madre se llamaba Francisca! ¡Tú, vas a quedarte en esta casa, Yelcho! ¡Vas a ser mi amigo! ¡Mi hermano! Sí, Yelcho, tú no puedes irte, ¿no es cierto?... ¡tú no tienes casa!...

—¡Cierto! yo no tengo casa... ¡no tengo a nadie!...

—¡Serás mi amigo, Yelcho...!

Y en un raptó de espontaneidad, tomó las manos de Yelcho, y eran tal cual ella las soñara, duras, firmes, tibias. Le tomó los brazos, y, sintió la alegría inmensa de sentir cómo sus manos palpaban algo, que hasta entonces sólo había soñado. Se abrazó a su cuello y no se cansaba de oprimirlo con fuerza, volteando su cabeza sobre uno u otro de los hombros del muchacho; aspirando profundamente su fragancia silvestre de grava, pan fresco, tierra húmeda, pajonal, poma madura y ser vivo.

Sus sueños hasta entonces habían carecido de fragancia, por eso no se cansaba de aspirar la oculta esencia que poseían. ¡El perfume de sus sueños! ¡El perfume de su atolondrada juventud!

* * *

Se abrieron las puertas y ventanas de la casa. Se corrieron las grandes y pesadas cortinas, la luz y el sol entraron a mares por todas partes; el mismo viento, que se anidaba y dormía a lo largo de los vetustos corredores, cobró vida, meciendo las tupidas enredaderas, columpiando los ramos floridos del jardín hacia el cual habían desfilado una a una las estatuas de "tío Carlos", formando un hermoso conjunto de figuras jóvenes radiantes de vida en armonía con el esplendor de los árboles y plantas, que se erguían y alzaban en medio de la luz como movidos y agitados por un palpitar unísono y potente. Los pájaros batían sus alas en las enormes pajareras y sus trinos se escuchaban melodiosos e inextinguibles. Las gatas y perras dormían junto a sus camadas de cachorros. Las notas del piano desgranaban arpegios sostenidos y variados distrayendo a las ancianas, de sus labores habituales, haciéndolas quedarse absortas en espera de un algo extraño, que cerrara de una vez por todas aquel torrente de música.

... Por todas partes no se oía más que el correr desbocado de los muchachos.

—¡Yelcho! ¡Yelcho!

Las señoronas se miraban entre sí, y miraban a Ermelinda y al muchacho, que pasaban como celajes, descolgándose por las ventanas, saltando sobre los bancos de flores, ocultándose entre las frondas, entre risas estruendosas y festivas. La vieja ama de llaves, decía, maravillada:

—¡Pensar que yo creía que la vida se había ido para siempre! ¡Pensar que creía que todo se había acabado con la muerte de Carlos!... ¡Sólo él ha hecho este milagro!... no era un loco... era un santo...

... Muchos de los sueños de la niña llegaron a cumplirse. Por los atardeceres, Yelcho, llegaba hasta la gruta con sus ofrendas: “un caracol enviado por la Reina de las Rosas”, “un pámpano obsequiado por dios Pan”, “un buho de seda”, y hasta un collar de besos que el mozo iba poniendo suavemente con su boca morena y fina en torno al cuello delicado y albo de Ermelinda...

